

RESPUESTA A DIANE LECLERC Y DICK O EUGENIO
Ramón A. Sierra, Superintendente de Distrito y Educador de Puerto Rico de la Región
Mesoamérica

Primero, felicito a la Dra. Leclerc y al Dr. Eugenio por sus excelentes reflexiones y contribución significativa a ésta nuestra cuarta Conferencia Nazarena Global de Teología. El tema para nuestra conversación, cristología—Conocer a Cristo, y de esta sesión en particular, ¿Quién dicen que soy?, es una tarea desafiante, pero crucial al ir hacia delante como Cuerpo Global de Cristo.

La mayoría de nuestros teólogos nazarenos contemporáneos reconocen la centralidad de la cristología en nuestro quehacer teológico. Dr. H. Ray Dunning afirma que “[una] teología wesleyana será distintivamente cristológica en su énfasis: la justificación, la santificación, y la gracia preveniente, en todas sus muchas ramificaciones, deben ser interpretadas desde esta perspectiva” (Gracia, Fe & Santidad, 50). Más recientemente, el Dr. Tom A. Noble en su libro *Holy Trinity: Holy People* (Santa Trinidad: Pueblo Santo), propone como su cuarto axioma del método teológico La Forma Trinitaria y Cristocéntrica de la Teología Cristiana (pp. 18-20). Él señala que

“Debido a que la auto-revelación de Dios se realiza en su Palabra—por lo cual nos referimos no solo a la palabra escrita de las Escrituras, sino más fundamentalmente, a la Palabra hecha carne, nuestro Señor Jesucristo—entonces la teología cristiana está centrada en Él y se construye alrededor de Él. En resumen, el axioma es que la teología cristiana es Cristocéntrica...Consecuentemente nuestra doctrina de santidad cristiana debe comenzar allí y tener su fundamento en Él [Cristo]” (pp. 18, 20).

La respuesta de la Dra. Leclec a la pregunta de Jesús, hecha inicialmente a sus discípulos, ¿Quién dicen que soy?, enfocada en la humildad de Jesús, es una manera interesante e inusual de hacer cristología. La autora entonces provee este modelo cristológico para renovar la vida y misión de la Iglesia del Nazareno. Este enfoque nos ayuda, ya que la cristología ha sido tradicionalmente presentada como la vida y obra de Cristo con poca relación con la Iglesia.

Fue alentador el hecho que Leclerc comienza su exposición afirmando que la adoración correctamente entendida hoy se ha ubicado “al centro de nuestra identidad”, pero nos advierte que necesitamos asegurarnos de que estamos involucrados en “la adoración verdadera” que “es la adoración del Dios verdadero...cuya característica esencial es amor, que también es esencialmente humilde, revelada en la humanidad de Jesús el Cristo”.

Este énfasis en la humanidad de Cristo expresada en la humildad como intrínseca a la naturaleza de Dios y vivida en la sumisión total a Dios y en identificación radical con nuestra humanidad es único. La fuerza del tema de la humildad como definiendo a Cristo es que une la humanidad y la divinidad de Jesús, paradójicamente presentando el cuadro de un Dios más humano que lo hace más divino a nuestros ojos. Así que, la humildad encarnada por Jesús no fue solo una respuesta humana sino un despliegue del amor auto-entregado. Este énfasis concuerda con el himno cristológico de Pablo en Filipenses 2:6-11, la humillación y exaltación de Cristo.

La autora desarrolla una excelente exposición teológica que nos va llevando a través de seis características de la vida de Jesús, todas revelando la humildad de Dios. Estas son la encarnación, su bautismo, las tentaciones, la recapitulación, la cruz y la resurrección. Fui reafirmado por la consistencia y las excelentes apreciaciones de la autora que se entregaron en estas secciones.

Pero lo que rara vez se menciona en la cristología y en lo referente a la humildad de Cristo, que Leclerc trae ante nosotros en su presentación, es la noción de la recapitulación. Ésta proviene de Ireneo en el segundo siglo (vea también Leclerc, *Discovering Christian Holiness* (Descubriendo la Santidad Cristiana, 144). La autora afirma

“El pecado es una aberración de la verdadera humanidad. Por lo tanto, cuando Adán pecó, se convirtió en alguien ‘menos humano’, menos para lo que la humanidad fue designada originalmente. De forma alternativa, Jesús es el modelo de la verdadera

humanidad, como el nuevo Adán... Dios se había ‘convertido en lo que nosotros somos, para que nos pueda hacer como él mismo es’... es claro que Ireneo nos está llamando a que abracemos nuestra plena humanidad en Cristo, aun al participar de lo divino”.

Aunque todos los abordajes de Leclerc han sido estimulantes y provocativos, su sección sobre Una Ecclesio-lógica Cristológica, desde mi perspectiva, es la contribución más significativa de esta exposición, ya que nos desafía a encarnar la humildad de Dios en la vida y misión de la Iglesia. Basada en estos principios Cristológicos, ella nos confronta como Iglesia a vivirlos como una comunidad humana-humilde. Estas seis declaraciones deben guiar nuestra agenda misional como Iglesia y somos retados teológica y ministerialmente, ya que en la estimación de la autora...

“Es hora de que expandamos nuestra doctrina del pecado para incluir ‘transgresiones involuntarias’, pecados de omisión y participación en el mal sistémico, y hacer confesión especialmente por los pecados de complicidad, y por nuestro racismo, sexismo, clasismo, consumismo, y otras formas de opresión, como individuos y como denominación”.

Así que puedo deducir que la respuesta de Leclerc a la pregunta que Jesús le plantea a sus discípulos, ¿Quién dicen que soy?, puede ser: El Humilde, El Dios Humilde-Humano.

El acercamiento del Dr. Eugenio al ¿Quién dicen que soy? de Jesús es un poco diferente, pero relacionado a la presentación de Leclerc. Coincido con el Dr. Eugenio en sus tres presuposiciones básicas respecto a la identidad personal de Jesús. Es decir, que su identidad “debe ubicarse en la matriz de relaciones”, que “la identidad de Jesús debe ser concebida trinitariamente” y que “la identidad personal de Jesús debe cumplir con las exigencias de la vida humana”. Esto contrarresta nuestra descripción comúnmente individualista de Cristo aislada de la comunidad, de la Trinidad misma y de nuestra realidad humana. Así que, su respuesta a la pregunta de Jesús relacionada con su identidad es que Él es “...el Hijo obediente del Padre y el Humano dependiente del Espíritu Santo”.

Desde esta premisa, el Dr. Eugenio nos demuestra cómo estos dos temas, del Hijo obediente al Padre y su dependencia humana del Espíritu Santo, son determinantes a la identidad de Jesús. Por medio de la identidad trinitaria de Cristo, su divinidad y humanidad, su transcendencia e inmanencia, se unen, al igual que “nuestra propia identidad y vocación [llamado] cristianas”.

El autor hábilmente coloca la experiencia de ‘kenosis’ en el núcleo, de ambas relaciones, del Hijo obediente y del que es dependiente al Espíritu Santo.

“La obediencia kenótica de Jesús es un vaciamiento autoimpuesto. Su obediencia filial al Padre concuerda con su intención positiva de glorificar al Padre... Las debilidades humanas de Jesús se encuentran con la fuerza del Espíritu Santo. La obediencia total y humilde de Jesús al Padre es a través de su absoluta dependencia del Espíritu Santo. Esta es la identidad trinitaria y la misión de la vida de Jesús. Su obediencia al Padre es imposible sin su dependencia del Espíritu Santo y su relación dependiente con el Espíritu Santo no tiene sentido, aparte de su obediencia al Padre.”

Aprecio la cita que el Dr. Eugenio presenta de Bruce McCormack,

“...que la kenosis se entienda como suma, en lugar de resta... Jesús no experimentó una reducción de divinidad en la encarnación. En lugar de la privación de las cualidades divinas, el Hijo de Dios añadió a sí mismo la naturaleza humana finita, conllevando sus debilidades. Él asumió nuestras limitaciones. Él se vació a sí mismo añadiéndose nuestras flaquezas humanas.”

El autor continúa resaltando estas dos relaciones a través de los diferentes momentos claves de la vida de Jesús, al igual que Leclerc: la encarnación, bautismo, tentación, crucifixión, y resurrección. Leclerc incluye la teología de recapitulación, como hemos visto, y Eugenio alude al ministerio de Cristo.

Hablando de la semejanza de Cristo, Leclerc observa que “[s]olo en Cristo, somos renovados a la imagen de Dios, recuperando nuestra humanidad y encaminados por la senda de la semejanza de Cristo”. Sin embargo, Eugenio considera necesario que nos demos cuenta que...”nuestro entendimiento de la semejanza de Cristo necesita ser fiel a la identidad trinitaria

de Jesucristo”. Por lo tanto, es indispensable que siempre estemos conscientes que la identidad de Cristo solo debe ser entendida en su relación con el Padre y el Espíritu Santo.

Ambos autores omiten hablar de la ascensión y la segunda venida de Cristo como Rey soberano. Creo que estos elementos que faltaron son características vitales de su obediencia y humildad, de su identidad. Estas dos dimensiones serían muy significativas para nuestro contexto latinoamericano y para nuestra realidad global: el tema del Cristo Victorioso. El hecho de que es “...el Señor exaltado quien nos envía el Espíritu Santo para continuar su obra redentora *en* y a través de nosotros hasta que Él regrese en gloria” (Greathouse, *Love Made Perfect*, 55-62).

Reconozco que no fue la intención de estos escritos que fueran exposiciones exegéticas. Pero me sorprendió un poco que ninguno de los dos autores haya conectado directamente sus respuestas a la respuesta revelada de Pedro a la pregunta de Jesús, ¿Quién dicen que soy?: Eres *el Cristo* (Mateo 16:13-20=Marcos 8:27/30=Lucas 9:18-21), aunque en la exposición del Dr. Eugenio hay algunos destellos de esta noción. Citando a Leopoldo Sánchez, él declara, “Jesús es el *Christos*, cuya vida y ministerio están impregnados completamente por el Espíritu”. También “Jesús es el *Christos* en su vida y muerte... La teología crucicéntrica de Pablo y su señalamiento favorito de Jesús el Ungido son inseparables (Romanos 1:4, 6-8; 3:24; 5:1, 6, 8; 6:23; 9:5; 15:3, 7, 19)”. Eruditos del Nuevo Testamento de la talla de George Elton Ladd y Donald Guthrie le han dado preeminencia en sus reflexiones de Cristo al título y concepto de El Cristo (Mesías) como el más importante de todos los conceptos¹ y como el punto de partida de la cristología.²

Además, estoy convencido de que como nazarenos, una comunidad global de fe en Cristo, necesitamos abordar el asunto de la cristología contextual. Ninguno de los expositores

¹ George Elton Ladd, *A Theology of the New Testament* (Michigan: William B. Eerdmans, 1974), 135.

² Donald Guthrie, *New Testament Theology* (Illinois: Inter-Varsity Press, 1981), 236.

toca este tema. Quizá no estuvo dentro del alcance de sus presentaciones. Sin embargo, el Dr. Eugenio alude a este tema de manera negativa, instándonos a evitar “cristologías múltiples que suenan semánticamente precisas — utilizando jerga popular y aceptable para la iglesia — pero que son erróneas en la elucidación”. Pero esto responde al extremo en donde se desviste a Cristo de su ropaje bíblico y teológico para hacerlo más relevante culturalmente. Donald Guthrie es más atinado al comentar que “[n]inguna objeción puede ser levantada relacionada a la presentación de Cristo en el Nuevo Testamento a la cultura contemporánea siempre y cuando la concepción resultante de Cristo se reconozca como el mismo Cristo del NT” (New Testament Theology, 407). La necesidad de hacer teología contextual como nazarenos, que incluye la cristología, no es un nuevo desafío para nosotros. Este asunto fue traído a la mesa en nuestra Primera Conferencia Teológica Global en Johannesburgo 2000. Pero poco trabajo se ha hecho sobre este tema.

Muy reveladora es la pregunta de Cristo sobre su identidad a los fariseos camino a la cruz: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mateo 22:42). Luego que le responden que el Cristo es el hijo de David, Jesús le refuta, pero David le llama Señor, así que debe ser mayor que él, y lo dejó ahí. Ya no le preguntaban más.

¡Qué el Señor nos ayude a vivir—ser transformados—por Cristo y compartir—traer a otros al Cristo, quien refleja la humildad de Dios y su comunidad interna trinitaria y dejarlo ahí!